

Gen (e) ρ

Laura Beatriz Rojo

Curiosamente la proteína rho, es la que interviene en procesos de señalización celular, además de una ciudad de Milán, es la séptima letra de alfabeto griego. Es la madrugada de un martes de octubre en el mundo “Argento” es primavera, dormi poco y me desperté con el rostro de un hombre que nunca conocí. ¿En Lombardía? -Pregunta una voz interna. -No, de “aquicito” nomas, como decimos en estas latitudes.

Es dueño de un almacén, lo imagino bajo, algo robusto, esos rostros anónimos, que se dibujan y desdibujan en un parpadeo en la muchedumbre, un hombre visto con buenos ojos en la sociedad patriarcal que lo ampara, se juntó hace unos años con una mujer con dos “hijos” ¿Qué son esas modernidades de lo inclusivo? Si, digo así porque cuando lo adoptó como figura paterna, el más chico todavía llevaba pronombre femenino, asumo que estaba en preescolar, por lo que le tocó a él, con su madre, junto a la escuela pública todo lo referente a alfabetizar, le tocó a él, junto a su madre repasar el uso de las vocales: La “o,” la “a,” la “e”, tan controvertidas en tiempos actuales, quizás la “i” y la “u” han logrado posicionarse en el pentagrama como las musicales, y no entran en debate con lo social. Cuando lo conocí a G. ya había empezado a transitar la pubertad, y con ella el presente continuo que no nos abandona, hasta el último día de nuestras vidas, quiero decir: “el ir siendo.” Usaba pelo corto, pantalones anchos, un nombre de pila autopercebido, estaba acompañado por endocrinóloga y psicólogas, primero una luego otra, abandonaba las psicoterapias en brechas más o menos largas; llevábamos un tiempo rompiendo el hielo, conversábamos a menudo en consulta, y de a poco me sostenía la mirada, algo auspicioso flotaba en el aire, la palabra entraba a rodar en ese campo traviesa, que dibujábamos con tiza de color imaginaria. Hasta que un día rompió en llanto, hipó, tosió, regurgitó el bocado oscuro, que había tapado con laca de timidez y el peso tortuoso de las lealtades.

El hombre, ese que era como un padre, el que por amor decía no querer ver su transición, mostraba ante mí, los afilados colmillos de un animal, las alas raídas de un ave de rapiña. Tomó aire y siguió con su relato, quien debió proteger, acompañar en la adolescencia, optó por adoctrinar, corregir, y tomando cartas en el asunto, recordarle como era ser una niña, le habló de los genes, como dos cruces idénticas, que así lo confirmaban, y él como hombre que era, la ayudaría a sentirse mujer, así, sucesiva y sistemáticamente, aplicó el adulto “su medicina” para aclararle la memoria.

Un almacén es un pequeño microcosmos, orbitan diferentes satélites, coexisten artículos de limpieza, paquetes de galletas dulces y saladas, golosinas de todo tipo, leche descremada, latas de gaseosas y cervezas. Cuando comienza el año escolar, a veces hay biromenes, cuadernos de tapas blandas, y algunos artículos básicos de librería, en otra góndola, encendedores, cigarrillos y coca (en pequeñas bolsas que dejan entrever su verdor) Para quienes no son entendidos, entran desde Bolivia, y se venden fragmentadas en paquetes, con categorías propias: “sele” (seleccionada) “machucada” “despuntada.”

Los clientes, saben que el encargado de mostrador del almacén es un buen tipo, vende lo suyo a precio justo, e incluso, a pesar de los tiempos actuales, pueden tener una libreta de fiado, nadie lo vio metido en líos en tantos años de vecinos, trabaja y vive con “su” mujer,” cría” hijos que no son suyos, ningún prontuario en la policía. Labura muchas horas y viaja regularmente para traer mercadería nueva ¿Qué más se puede pedir?

¿Qué es ser bueno para la sociedad?

¿Qué es ser varón, hoy en día?

¿Cómo se escribe un cuento que hable de lo social?

*Un hormigueo de preguntas me dio escozor, me preguntaba como contarles en una narrativa, en la que soy tercera persona del singular, una consulta médica, sin tanto cuento. Volveré a las bases, del “flyer” que brilló en mi pantalla, en búsqueda de respuestas; sigue amaneciendo, es martes, un adolescente de 19 años me escribe un “whatsapp” quiere turno, su amigo **G**. le habló de mí. Pasaron 4 años desde la última vez que compartimos con **G**, se agolpan imágenes:*

Dejarlo en el taller del padre biológico, después de la denuncia policial, los gritos de una madre, maldiciéndome: ¡Quién soy yo! Si es el hombre que le compra a sus hijos las zapatillas.

- “Doctora, doctora, ¿puede darme un turno? Continúa la voz al teléfono. ¿Usted, recuerda a G.? Los recuerdos van apareciendo como de una Caja de Pandora.

- “Sí, querida puedo” respondo a la voz del audio. - “Y lo recuerdo, le das mis saludos” Concluyo diciendo.

Laura Rojo